



Las Escritoras y el Profesor

Por MANUEL ROJAS

DESDE LAS VENTANAS de la sala de clases se ve un trozo del "campus" de la Universidad de Oregon, un campus en donde las azuleas han estallado con increíble profusión; parecen invadir las, una luz que oscila entre el blanco, el morado, el lila y el anaranjado. Es la primavera y algunos "robins" corren sobre el césped. Todavía llueve, sin embargo. El profesor mira hacia afuera y las alumnas y alumnos, que están sentados y no pueden mirar hacia afuera, miran al profesor y observan las expresiones de su rostro: Nancy, Janet, John, Daniel, Rosanna.

"Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Ella cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.



MARIA LUISA BOMBAL.
"Era delgada, más bien alta, peinada con chaquilla."

"Alto surtidor en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que donadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba sentada al borde de la fuente? En nada. Es tan loca como lúida", decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni "planchar" en los bailes. Una por una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

"Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el único hijo del alma de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. En la stanza y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños sorridos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿en que época había sido joven?) como una lluvia desordenada.

"—Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros.

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solitario y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y peregrina. Sí, ahora que han pasado tantos años comprendió que no se había casado con él por amor; sin embargo, no alina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

"Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo por segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la punta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente, en tanto cree la llama de las luces artificiales..."

El profesor, que ha dejado de mirar las azuleas, mira hacia sus alumnos. El conocido, hace años, cuando ella recién venía de Buenos Aires, a la mujer que escribió esas líneas. Era delgada, más bien alta, peinada con chaquilla. Se veía muy joven aún y la gente se preguntaba cómo, siendo tan joven, había podido escribir tan maravillosamente, materializar, por medio de simples palabras, la infancia de Mozart y a Mozart mismo. Cenas de los escritores... Desde entonces no ha vuelto a verla. Cada vez que ha ido a Nueva York ha preguntado por ella. "¿Saben ustedes dónde vive María Luisa Bombal?" No saben, quizá vive en New Jersey, tal vez en Forest Hill, a veces viene por acá. Parece como perdida, abandonada ya su producción literaria, enredada a algo que no se sabe qué es. Pero (¿qué importa?), dice el profesor a sus alumnos. Dejó una obra pequeña y única en la literatura chilena. Pudo dar más, pero lo que dejó es suficiente. "El Arbol" es una obra maestra de la literatura chilena.

Eso fue una mañana de día húmedo. Dos mañanas después el profesor, en su primer día que John Whiting, el muchacho coreano, dice que además de profesor de literatura parece un naturalista y un astrónomo, habla de otra mujer de su tierra y otra vez la realidad pierde sentido y es reemplazada por lo irreal y uno cree que lo irreal es lo real y que si no lo es puede serlo.

"Una tarde cualquiera se casó. Se casó ahí, en el café, y se marchó con la primera lluvia de ese año, que caía fina y densa, y tomó el tren hacia el sur.

"La lluvia resbalaba en los vidrios, gotas. Y afuera, en los campos, se extendía la bruma azul, mágica, la bruma: deshecha, agita, semejante a humo deshecho borrando el paisaje. Entretanto, la camarera proseguía sirviendo el café dentro del poquísimo espacio encerrado por el mesón oval. El ya se había ido. La puerta cerraba aún. El humo de su cigarrillo se espesaba, invisible. Sin embargo, no era esto lo que la preocupaba. No lo que él involuntariamente se llevaba de ella. No. Eran las puertas del invierno abiertas,



MARTA JARA
"Ha producido menos de lo que ha vivido."

la silla vacía hasta el día siguiente, las veinticuatro horas que nadie ni nada podían llenar; más aún, el regreso a casa, la sobregasa inhóspita, la humedad de las sábanas. El hastío, evidente hasta el cansancio, que se acumulaba y repetía como el estuviere ligado a los peidanos de la escalera de su casa de Recoleta, todos los días, noche a noche, ineludible, igual. La angustiosa soledad como un pájaro muerto entre sus manos. Eso fue. Eso. Lo que la impulsó a tomar el tren con él, justo cuando él ya no se encontraba en el local.

"Afuera, la lluvia, densa, caía reboliando sobre el pavimento.

"Para ella, la lluvia no castigaba la calle; embalsancaba el paisaje; de colinas redondas, motadas de avellanos, rojizas, otoñales. Las veía. Un paisaje nostálgico. Se sentía despetar. Y entre el vapor de las máquinas de café corría el tren, aullando, enroscándose en la noche, en ella, en las colinas, rompiéndolas, rompiéndola."

Los rododendros, sin embargo, todavía no florecen en la pradera de Oregon; se demoran un poco más. Primero florecen las camelias y pasan muy rudamente su orgullo de florecer primero: la lluvia, aún fuerte, las golpea y marchita. El rododendro florece cuando la lluvia sea más menuda. Para entonces ya habrá más "robins" corriendo sobre el pasto. El profesor conoce también a la mujer que escribió las últimas líneas citadas. Y quizá a estas líneas lo conmuevan más que las de María Luisa Bombal, que tratan, en alguna parte del cuento, una calle y un árbol que no son de ninguna ciudad

chilena, sino de otra, Argentina. Buenos Aires. Esas otras líneas le habían directamente de Santiago, Chile, y cuando el personaje de Marta Jara, la camarera, sueña muerta con el sur de Chile y la lluvia que cae sobre el pavimento cae sobre un pavimento que el profesor conoce, aunque hay que decirlo a los alumnos, el profesor conoce también el árbol y la calle que describe María Luisa Bombal. Pero que, esto sea de Chile y aquello de Argentina no tiene importancia sino para los sentimientos del profesor. Literariamente no importan las ciudades.

"Profesor: ¿y esta otra escritora (también vive en Estados Unidos?) —pregunta Margaret.

No, vive en Chile, y el profesor casi podría oír su voz un poco ronca. Viajó siendo joven, vivió en Italia, pero ahora está en su país. Ha producido menos de lo que ha vivido, es decir, no ha trabajado bastante, pero su cuento, "La Camarera", que el profesor acaba de leer, es también una obra maestra, un modelo. El profesor mira de nuevo hacia la ventana; parece que estuviera esperando algo. En verdad, lo que espera es otro signo de la primavera. Ayer vio un "bluejay", hermoso, resplandeciente. Parado en la rama de un pino, todo azul, parecía un pájaro como para Maeterlinck o como para "El Arbol", no para "La Camarera", al que le vendría mejor un chucano o un pitihue de los bosques del sur de Chile.

El profesor cierra las páginas de su libro, la "Antología del Cuento Hispanoamericano", de Ricardo Latcham, en donde ha encontrado esas dos joyas, y declara que la clase ha terminado.

9 Diciembre 1964 p. 17-

Las escritoras y el profesor [artículo] Manuel Rojas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas, Manuel, 1896-1973

FECHA DE PUBLICACIÓN

1964

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las escritoras y el profesor [artículo] Manuel Rojas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile